

En este sentido, la tendencia a separar concepción de ejecución de programas de *software*, se traslada al terreno de la división del trabajo entre empresas o, incluso, entre centros de trabajo al interior de la misma empresa. Lo cual, genera tensiones continuas para coordinar las fases de producción que median entre el diseño y la ejecución de programas, cuya manifestación más evidente se muestra en los altos niveles de rotación y abandono del trabajo en las fábricas del *software*.

Por su parte, la investigación demuestra que los estándares marcan pautas claras de división del trabajo en las empresas o centros de trabajo concretos como un paradigma que limita las posibilidades de “nuevas formas de organización”; pero también —señala el autor— en su operación subyace la posibilidad de ampliar el objeto de trabajo que implica una mayor socialización e interrelación del colectivo de trabajadores del *software*.

No obstante la riqueza cualitativa del trabajo de campo para describir las tramas sociales que caracterizan el funcionamiento de las fábricas de *software* y sus implicaciones para trabajadores intelectuales del mismo, me parece que una de las principales debilidades del libro es la de no señalar directamente el tipo de políticas que, desde el gobierno, son necesarias para reorientar el comportamiento de las cadenas productivas del *software*. Fuera de esta limitante, creo que el libro demuestra una vez más la calidad de Castillo como un investigador líder en la conducción y producción de proyectos que orientan el rumbo de los estudios de frontera en el mundo del trabajo.

Por ello no tengo duda en recomendar su lectura tanto para aquellos que buscan una orientación metodológica cuya base de análisis es la interpretación de los actores sociales; como para aquéllos interesados en analizar las principales tendencias productivas y organizacionales de la industria del *software*.

Jorge Galindo, *Entre la necesidad y la contingencia. Autoobservación teórica de la sociología*, Barcelona, UAM y Anthropos, 2008, 176 pp.

MARCO ESTRADA SAAVEDRA*

I

El libro de Jorge Galindo, *Entre la necesidad y la contingencia*, está alentado por una ambición teórica muy rara en el ámbito universitario mexicano y latinoamericano e inclusive, y bien vista la cosa, en el europeo y norteamericano: “el desarrollo de una teoría sociológica general”. Por tanto, su contenido y resultados son expuestos, conscientemente, como “los prolegómenos de una obra futura de mayor envergadura”, que está concebida no como un proyecto de investigación sino como un “proyecto de vida”, como afirma el autor.

* Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.

Antes de ocuparme del sentido y los resultados teóricos de las dos partes de *Entre la necesidad y la contingencia*, deseo mencionar que la motivación para construir una teoría sociológica general se fundamenta en dos razones: en primer lugar, no se ha reflexionado ni explotado el “potencial de complementariedad de las diversas teorías sociológicas existentes” y, en segundo término, existe la necesidad de transformar a la teoría sociológica en una “empresa verdaderamente cosmopolita”. El objetivo último consiste, entonces, en ofrecer una teoría sociológica lo suficientemente potente como para dar cuenta de la complejidad de la sociedad global contemporánea.

Inspirándose en la “tesis de la convergencia” de las teorías sociales que postuló Talcott Parsons hace unos setenta años, el método utilizado en *Entre la necesidad y la contingencia* es el de la “disolución y recombinación de elementos de diversas teorías”. En efecto, la estrategia metodológica fundamental que organiza esta apuesta consiste en observar y reconstruir la historia de la sociología, en general, y las teorías sociológicas contemporáneas, en particular; no ya siguiendo la distinción convencional actor/sistema, sino mediante la distinción necesidad/contingencia. De este modo, se sortearía el peligro de continuar la estéril guerra civil entre las sociologías de la acción social y las de los sistemas sociales (en sus diversas variantes) y se potenciarían, en cambio, las posibilidades de comparación, integración y complementación de diferentes teorías sociales, en especial la de la estructuración de Anthony Giddens, la de los sistemas sociales de Niklas Luhmann y la de las prácticas sociales de Pierre Bourdieu.

La razón de esta apuesta metodológica se halla en que los resultados de la vuelta *antiparsoniana* han hecho, en la actualidad, poco pertinente la distinción acción/sistema para describir y ubicar, adecuadamente, la variedad y complejidad interna de las diversas teorías sociológicas existentes. Teorías como la de la acción comunicativa de Jürgen Habermas, o de las figuraciones sociales de Norbert Elias, para citar dos ejemplos que no se abordan en el libro comentado, están más allá del subjetivismo y el objetivismo y de lo micro y lo macro y se concibieron con el fin de superar estas oposiciones. De tal suerte que esta distinción se ha convertido en un obstáculo epistemológico para el diálogo entre las teorías sociológicas y su posible integración. La distinción necesidad/contingencia —cree el autor— no sólo trascendería estas dicotomías, sino que además fomentaría la complementación de diferentes cuerpos teóricos con el objetivo de “poner a trabajar al conjunto de la sociología”.

En vista a poder tratar la distinción necesidad/contingencia productivamente en términos sociológicos, Galindo la relaciona con dos problemas básicos de la sociología: la estructuración y la diferenciación de lo social. Como veremos más abajo, el objetivo de lo anterior es ofrecer un concepto no determinista de estructura social y un concepto complejo de diferenciación social que incluya tanto sus aspectos de división social del trabajo como desigualdad social. El objetivo último de esta apuesta teórica es demostrar que el mundo social se produce, a la vez, de manera contingente y necesaria: “toda sociología debe dar cuenta de la manera en que la sociedad restringe su contingencia basal convirtiéndola en (cuasi) necesidad estructural”.

II

Sin considerar la introducción y la conclusión, el trabajo está compuesto por nueve capítulos organizados en dos partes. En la primera se aborda, principalmente, el tema de la “estructuración de lo social”. En la segunda, la problemática de la “diferenciación objetiva y social”. Aunque se hace una revisión de las teorías sociológicas de autores como Comte, Marx, Simmel, Parsons o Goffman, entre otros, en realidad la discusión entablada en el libro se centra en las obras de Anthony Giddens, Niklas Luhmann y Pierre Bourdieu, justamente por ser las teorías sociológicas contemporáneas que han incorporado de manera distinta los problemas y los resultados de los debates sociológicos de los últimos cincuenta años, reformulándolos de manera muy sugerente e influyente y, asimismo, porque fueron concebidas con una pretensión de sociologías generales.

En la primera parte del libro, Jorge Galindo se ocupa del “problema de la estructura”. Para ello revisa una parte importante de la historia de este concepto para llegar a la conclusión de que sus exponentes máximos, Levi-Strauss y Parsons, postularon un concepto determinista de la estructura, siguiendo la tradición del pensamiento social, que les permitía observar la “necesidad” del mundo social. Insatisfecha con esta concepción, la generación de sociólogos siguiente hizo contribuciones importantes para sentar las bases de una visión de la estructura más flexible, sensible y orientada hacia la contingencia de lo social. Lo anterior se demuestra, con gran plausibilidad, en las obras de Giddens y Luhmann. Conscientes de que el mundo social se constituye tanto en la variedad como en la redundancia, ambos autores radicalizan temporalmente el concepto de estructura para descalificar toda imagen sustancial de lo social y proponer, en cambio, que éste se produce y reproduce en cada momento mediante la acción (dualidad de la estructura) o la comunicación (autopoiesis) para actualizar su existencia contingente.

Al enfatizar el carácter improbable de lo social y las múltiples posibilidades de su configuración —expone Galindo—, estos teóricos descuidan, no obstante, el otro lado de la distinción: la necesidad de lo social. Para superar este déficit, y siempre siguiendo la tesis de la posibilidad de integración y complementariedad de las teorías sociológicas, el autor echa mano de la “teoría de la práctica” de Pierre Bourdieu con el fin de poder “pensar a lo social como un orden que construye su propia necesidad a partir de la contingencia”. Así, se concibe el “sentido práctico” como medio de acoplamiento, a través de la comunicación entre lo social y su entorno humano, que, como resultado de sus automatismos propios, hace posible la “reproducción de la sociedad mediante las operaciones comunicativas, como la reproducción de la conciencia (práctica) mediante el procesamiento reflexivo de las condiciones del entorno social”. Justamente el concepto de *habitus*, que implica que lo social se hace cuerpo, permitiría este tipo de acoplamiento y la recursividad de lo necesario en medio de lo contingente. En conclusión, en el mundo social, mucho —pero no todo— es posible: su contingencia intrínseca es limitada a través de la construcción de estructuras.

El problema de la diferenciación social (la unidad de la diferencia), tratado en la segunda parte del libro, tiene que ver precisamente con la estructuración de lo so-

cial, la cual es observada, por supuesto, de acuerdo con la distinción necesidad/contingencia. La intención de estas páginas del libro consiste, también, en buscar la complementación de dos tradiciones que han abordado la diferenciación social de manera unilateral: una la ha concebido en términos de división social de trabajo, y la otra como estratificación y desigualdad social. La apuesta de Jorge Galindo es conjugar la diferenciación objetiva con la diferenciación social. Siguiendo a Luhmann, afirma que la diferenciación funcional sobredetermina la forma de la sociedad en su conjunto como sociedad funcionalmente diferenciada. Sin embargo, la desigualdad social mediatiza —como bien ha observado Bourdieu— las oportunidades de participación de las personas y los grupos sociales en los diferentes sistemas socialmente diferenciados: así, la comunicación, los recursos y las oportunidades están desigualmente distribuidos, porque estos sistemas de funciones están cruzados transversalmente por campos sociales, que se estructuran según la lógica de la dominación, la competencia y el conflicto.

Una visión compleja de la diferenciación deberá ser capaz de contestar las siguientes preguntas: ¿por qué la comunicación de un actor es más influyente, tiene más capacidades de enlace y resonancia y le retribuye más beneficios que, comparativamente, la de otro actor situado en una posición diferente a la del primero? Y, ¿cómo el sistema de funciones es moldeado por este tipo de comunicación influyente sin que por ello dejen de operar sus códigos y programas? Introduciendo el concepto de “programación” —aunque, a mi parecer, de manera muy preliminar y no tan clara—, el autor sugiere que los “campos” cruzan transversalmente los sistemas de funciones al imponer la lógica de la desigualdad, la dominación, la competencia y el conflicto a la lógica autopoietica estructurada por códigos y programas sistémicos. Con todo esto, Galindo desea demostrar, como en el caso de la discusión en torno a la estructura, que la sociedad “hace de un orden contingente un orden lleno de inercias”.

III

Afortunadamente para sus lectores, Jorge Galindo ha colocado las expectativas y los criterios para la evaluación de su proyecto en un nivel alto. Precisamente porque considero muy importante y necesaria la apuesta teórica de este libro como para tomarla sin seriedad ni rigor, las observaciones que a continuación haré no serán condescendientes, pero sí están formuladas dentro del ámbito de una oposición leal.

Aunque simpatizo mucho con la propuesta de buscar establecer diálogos entre distintas teorías con el fin de integrarlas y complementarlas en un marco teórico complejo, no puedo, sin embargo, dejar de apuntar que *Entre la necesidad y la contingencia* es apenas un “torso” de lo que promete ser en el futuro una discusión teórica muy interesante. En su estado actual, la presentación de autores, teorías y conceptos se caracteriza por ser muy esquemática, de tal suerte que apenas insinúa reflexiones interesantes, pero que se quedan la mayoría de las veces en apuntes continuamente superficiales que no hacen justicia a la complejidad de la obra de los autores tratados. Por ejemplo, no dudo de que una lectura más detallada de las teorías de Luhmann y

Bourdieu podría arrojar una imagen del mundo social menos contingente o determinista, respectivamente, que la que se presenta en el libro.

Por otra parte, a pesar de sus pretensiones iconoclastas, expresadas en la sustitución de la distinción acción/sistema por la de necesidad/contingencia para observar las teorías sociológicas, la reconstrucción de la historia y el desarrollo de la sociología contemporánea resulta muy convencional y muy cercana, por cierto, a la interpretación de Jeffrey Alexander. Tal vez si se hubiera utilizado esta distinción de manera más consistente y radical, se hubiera realizado una lectura muy diferente de la historia y del desarrollo de la teoría sociológica. Aún más: la introducción de esta distinción nos obliga a preguntarnos qué tan novedosa realmente es o, al menos, cuál es su filiación conceptual, puesto que la teoría sociológica ha sido también pensada en torno a los pares estructura/proceso o continuidad/cambio, los cuales incluyen, ciertamente, a los sistemas y los actores sin necesariamente prejuzgar que unos dan cuenta exclusivamente de la estática y los otros sólo de la dinámica social, para decirlo en los términos de la física social de Comte.

Por otro lado se echa de menos una discusión epistemológica y teórica más profunda y sólida sobre las condiciones de posibilidad de la eventual comparación, integración y complementación de las teorías sociológicas, cuyos presupuestos axiológicos, ontológicos, epistemológicos y teóricos son de verdad muy diversos. ¿Realmente podemos equiparar, para expresarlo con más claridad, el concepto de “agencia” de Giddens con el de “sentido práctico” de Bourdieu o el de “acción” de Luhmann? Hacerlo sin mayores precauciones epistemológicas supone darle demasiadas concesiones al sentido común de los sociólogos que tratan las teorías como si fuesen perfectamente conmensurables. Tal vez sí lo sean, pero hay que fundamentar y explicar por qué y cómo y cuáles son los alcances y los límites de la conmensurabilidad, ya que lo que se dice en el libro (en especial en la introducción y en la conclusión) es muy pobre.

Lo anterior nos conduciría a ir más allá de la disolución y la recombinación conceptual para reflexionar sobre la posibilidad o no de una terminología sociológica unitaria que evite los problemas de “traducción” entre teorías diferentes. Este es un problema muy importante. Por ejemplo, uno puede encontrar manierista y farragosa la terminología *luhmanniana*, pero es una de las pocas que de verdad trata de ser rigurosa y coherente en la definición y el uso de los conceptos. En efecto, todo concepto utilizado por Luhmann proveniente de la tradición sociológica ha sido previamente cribado y transfigurado para que tenga una función y un sentido estricto en el conjunto de la teoría. Esto es lo que vuelve tan difícil la comprensión de su obra, porque obliga al lector especializado a deshacerse, en una suerte de *epojé*, de los usos convencionales de los términos so pena de no entender nada. En fin, un proyecto de construcción de una “teoría sociológica general” deberá considerar esto, porque simplemente no es legítimo hacer combinaciones entre los racimos de conceptos de la teoría de los sistemas sociales y la de los campos sociales como si fueran perfectamente compatibles.

Por último, quisiera decir algo sobre el proyecto normativo que subyace a la construcción de una teoría sociológica general como una “empresa mundial”. En términos generales, encuentro esta apuesta muy deseable y digna de apoyar. También

las razones que la animan me parecen correctas; sin embargo, la manera en que se pretende llevar a cabo me resulta muy problemática. Para entender esta última afirmación hay que hacerle justicia a los argumentos de Jorge Galindo, presentándolos con cierta extensión.

Es un hecho indiscutible que, como el autor expresa, “el conocimiento sociológico que adquiere relevancia mundial se produce apenas en un puñado de países”. Tampoco cabe duda de que la sociología fue concebida, en sus orígenes, como la ciencia que estudia la “sociedad moderna”. De esto se ha creído, sin embargo, que los observadores metropolitanos de estas sociedades estarían mejor capacitados para ofrecer una teoría general de la sociedad (en el sentido de “gran teoría”), supuestamente porque sus sociedades habrían atravesado todas las etapas de la evolución social. De tal suerte que la sociología de la “periferia” no podría alcanzar ese grado de universalidad porque únicamente describiría lo inconcluso y fragmentario de un proceso social evolutivo que no habría alcanzado aún su plenitud en forma de una sociedad moderna. Así, su conocimiento acarrearía el estigma de lo parcial, local o regional en comparación con la “narración maestra de la modernidad” ofrecida por la sociología metropolitana.

La investigación de Jorge Galindo,

pretende ser (en términos prácticos) una crítica de este estado de cosas y demostrar que lo general puede ser pensado *en* la “periferia”, que no estamos condenados a hablar de lo que nos falta por recorrer para llegar a ser como los otros (los modernos) que la modernidad no es un fenómeno con una sola faz. Pero no sólo debe ser leída como una crítica contra los *dominantes* (...) sino, fundamentalmente, contra nosotros mismos, los *dominados*, por no habernos atrevido a generar dichas representaciones (...). Si la sociología quiere seguir siendo una descripción competente de la sociedad (entendida como sociedad mundo) debe ser capaz de incorporar la mayor complejidad teórica posible (...). De lo que se trata es de ensayar nuevas combinaciones libres (o lo más libres posible) de estereotipos. Si nos libramos de la teleología de la modernidad podremos, finalmente, entenderla en su multiplicidad. (p. 21)

El libro se cierra con la siguientes palabras: “Tal vez ha llegado la hora de hacer de la teoría sociológica una empresa auténticamente cosmopolita” (p. 162).

Como mencioné antes, estoy totalmente de acuerdo con la meta de construir una teoría sociológica general y que esto debería ser una tarea mundial y no sólo de las metrópolis. Que en las “periferias” estamos capacitados a colaborar en esta obra lo demuestran libros como el de Jorge Galindo. También concuerdo con que los sociólogos interesados en la teoría sociológica en México y Latinoamérica debemos salir de nuestro estado de minoría de edad para acometer esta labor, lo cual presupone cuestionar la teleología evolucionista que aún permea la observación de la sociedad contemporánea, tanto en el centro como en la periferia.¹

¹ Dudo, en cambio, de la descripción en la división disciplinar de la sociología como ciencia de la sociedad moderna y de la antropología como ciencia de las sociedades tradicionales. Esto

Habría que desenmascarar decididamente las pretensiones de “universalidad” de las teorías sociológicas porque, en realidad, no describen a *la* sociedad contemporánea sino, únicamente, a unas formas de esta sociedad, como son la alemana, la inglesa, la francesa o la norteamericana. Lo que hacen estas teorías es generalizar —guiados aún por una filosofía de la historia no del todo dismantelada— sus observaciones como si fueran válidas para todo orden social. Esta “generalidad” es, sin embargo, falsa y con poco poder de explicación. Considerando las críticas de los sociólogos empíricos a la “gran teoría”, se podría afirmar, con buenas razones, que estas teorías ni siquiera describen adecuadamente sus propias sociedades nacionales ni, mucho menos, a las que consideran en “proceso de modernización”. Lo que caracteriza a estas teorías generales de la sociedad es, más bien, su abrumadora falta de conciencia histórica, de desconocimiento de la geografía y de la historia mundiales. La mayoría de las descripciones que hacen de las sociedades no dominantes es, en el mejor de los casos, pobre y muy poco específica. Si utilizáramos la distinción centro/periferia para la descripción de la “sociedad mundial” (Luhmann), caeríamos en cuenta de que la unidad de esta diferencia debería ofrecer una imagen más compleja de esta sociedad considerando sus diferentes formas geográficas e históricas.

En definitiva, un auténtico cosmopolitismo en la teoría sociológica consistiría, más bien, en demostrar que las descripciones generales de la sociedad de sus teorías son, en realidad, muy problemáticas, limitadas y poco adecuadas para dar cuenta de las realidades sociales extra europeas o norteamericanas.

Por otra parte, es muy llamativo, además, que un proyecto que apela a hacer de la sociología una empresa mundial, no discuta ni una sola aportación latinoamericana a la construcción de este tipo de sociología (sin mencionar siquiera el caso de la producción teórica en Asia, África u Oceanía). El auténtico cosmopolitismo implica tener conocimiento global de la sociología y una conciencia histórica mundial, y no sólo de la sociología metropolitana. El cosmopolitismo consiste no únicamente en dialogar con los metropolitanos sino, más bien y *sobre todo*, en la descripción contemporánea de las sociedades nacionales centrales y periféricas para comprender la lógica de producción y reproducción de la “sociedad mundial”. Paradójicamente, los sociólogos de la periferia tienen una conciencia más clara de los alcances y límites de las imponentes arquitecturas teóricas provenientes de Estados Unidos, Francia o Alemania. Nuestros colegas metropolitanos resultan sospechosamente provincianos y, en consecuencia, arrogantes. Nosotros nos hemos apropiado de su herencia, pero no nos hemos atrevido a trascenderla rompiendo con los mitos que dan autoridad y legitimidad a su hegemonía intelectual.

De lo que se trata es de ser contemporáneos de los sociólogos metropolitanos y periféricos sin complejos ni sumisiones; de cambiar —siguiendo a Bourdieu— las posiciones, las apuestas y la *doxa* del campo sociológico mundial, empezando por

ya no es así desde hace más de medio siglo. Más importante que esto es, en cambio, que aún bajo sus propios parámetros teleológicos, la modernidad de las sociedades dominantes sigue siendo —en palabras de Habermas— un “proyecto inconcluso”, por lo que sus sociólogos no tendrían más derecho que los de otras latitudes de hablar en nombre de la “sociedad moderna”.

las distinciones centro/periferia y modernidad/tradición. Y para no caer en los vicios de la “gran teoría” debemos entablar un diálogo rico, constante y profundo con la sociología empírica. Si los grandes teóricos conocieran la producción de la sociología empírica latinoamericana, por ejemplo, seguramente tendrían más pudor a la hora de hacer generalizaciones y declararlas como válidas universalmente.